LEER LA BIBLIA CON JESÚS

SANTIAGO GUIJARRO OPORTO¹

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v57i199-200.359>

1. MI PALABRA NO VOLVERÁ A MÍ VACÍA

Durante varios años trabajé en la Casa de la Biblia, una institución dedicada a la promoción de la pastoral bíblica en España, y desde entonces he tenido la oportunidad de mantener encuentros con diversas personas y grupos interesadas en un dialogo abierto con las Escrituras. Esta experiencia me ha ayudado a afianzarme en la convicción que tenía el profeta Isaías acerca de la eficacia de la Palabra de Dios:

Como la lluvia y la nieve caen del cielo,
y solo vuelven allí
después de haber empapado la tierra,
de haberla fecundado y hecha germinar,
para que dé simiente al que siembra
y pan al que come,
así será la palabra que sale de mi boca:
no volverá a mí de vacío (Is 55, 10-11).

La experiencia de lectura de la Biblia en grupo que he tenido la suerte de disfrutar durante ese tiempo, ha supuesto para mí una verdadera bendición. A lo largo de este año, la Archidiócesis de Dublín ha propuesto a sus parroquias y comunidades la celebración de una «Año de la Evangelización», una propuesta que ha secundado la Iglesia Anglicana de Irlanda. Una parte importante de esta propuesta consiste en leer el Evangelio de Lucas siguiendo los pasos de la *Lectio Divina*. Mi intervención se enmarca en esta iniciativa y se encamina a promover y animar este modo de leer la Biblia. En este sentido, me gustaría mostrar cómo la lectura de la Biblia puede ayudarnos en la misión de proclamar la Buena Nueva.

1. Desde junio de 2009 hasta noviembre de 2010 la Archidiócesis de Dublín ha celebrado un «año de evangelización». Una actividad central de este año ha sido la lectura personal y en grupos del Evangelio de Lucas, siguiendo las pautas de la *Lectio Divina*. El día 24 de mayo de 2010 la Facultad de Teología de la Universidad de Maynooth organizó un encuentro de animadores y líderes de los grupos que estaban participando en este proceso, e invitó como conferenciante principal a D. Santiago Guijarro, sacerdote operario y profesor de Nuevo Testamento en la Universidad Pontificia de Salamanca. Como ejemplo de una de las múltiples actividades inspiradas por el reciente Sínodo de la Palabra, reproducimos aquí su intervención.

Lo haré centrándome en un pasaje del Evangelio de san Lucas en el que el mismo Jesús recurre a diversos pasos de la Escritura para iluminar su misión.

No es extraño encontrar a Jesús en los evangelios interpretando las Escrituras de Israel, si bien en el Evangelio de Lucas la relación con ellas es más estrecha e íntima. En este evangelio, de hecho, Jesús recurre a las Escrituras para explicar las principales características de su misión y para mostrar el significado de su muerte y resurrección. Hay dos pasajes, que solo se encuentran en Lucas, en los que esto aparece claramente.

El primero, situado al comienzo de su actividad pública, resume lo que Jesús se dispone a desarrollar a lo largo de su ministerio (Lc 4, 16-30). Está ambientado en la sinagoga de Nazaret, la ciudad en que él había crecido. Jesús encuentra un pasaje del profeta Isaías, cuyo cumplimiento anuncia en ese preciso momento. El texto de Isaías se refiere a la misión del profeta ungido por Dios, con el que el propio Jesús se identifica.

El Segundo pasaje se halla hacia el final del evangelio. En él, el Resucitado sale al encuentro de dos discípulos en su camino de vuelta a Emaús después de los trágicos acontecimientos de la pasión. Jesús mismo, a quien no reconocen, les invita a considerar lo que las Escrituras dicen sobre Él. Más adelante, avanzada la narración, comentan: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32). Gracias a las Escrituras, explicadas por Jesús, los discípulos son capaces de iniciar un proceso que les conduce a un encuentro pleno con Él.

En estos dos pasajes, Jesús recurre a la Escritura para explicar algo sobre sí mismo. En el primer texto, las Escrituras son la clave para entender su misión. En el segundo, la lectura de las Escrituras constituye el primer paso hacia el reconocimiento del Resucitado. Vamos a concentrar nuestra atención en el primer pasaje observando cómo la lectura que hace Jesús de la Palabra de Dios es la clave para entender su misión.

2. JESÚS LEE LA BIBLIA

El episodio de Nazaret ocupa un lugar privilegiado en el Evangelio de Lucas. Se encuentra en el mismo momento en que Jesús comienza su actividad pública. En los capítulos precedentes, el evangelista ha narrado algunos episodios de su vida: su infancia, el bautismo y las tentaciones. Desde su punto de vista, todos estos acontecimientos pertenecen a la primera parte de la vida de Jesús y revelan su «noble origen». Ahora va a comenzar a narrar su vida pública y quiere que sus lectores presten la máxima atención.

Lucas sabe que la actividad pública de Jesús había comenzado antes y por esta razón introduce el pasaje con un sumario en el que informa al lector que Jesús «regresó a Galilea... y enseñaba en las sinagogas y todo el mundo ha-

blaba bien de él» (Lc 4, 14-15). Estamos ante el primer episodio de la vida pública de Jesús que se va narrar en detalle. Para entender el sentido de esta elección resulta útil conocer la procedencia de este relato y por qué Lucas lo coloca en este preciso momento de su narración.

Lucas tomó esta tradición del evangelio de Marcos. No obstante, en Marcos no aparece al comienzo de la actividad pública de Jesús, sino más tarde (Mc 6, 1-6). Este hecho es muy llamativo, porque Lucas sigue muy de cerca el orden de la narración de Marcos. Parece como si tuviese interés en situar el episodio en el preciso momento en que Jesús da inicio a su actividad pública. Su interés por este pasaje queda patente además en el hecho de haberlo ampliado añadiendo importantes detalles a la narración marquina. Entre ellos destacan las citas de la Escritura del profeta Isaías y la mención de dos episodios del Antiguo Testamento sobre los profetas Elías y Eliseo.

Esta importante modificación del episodio de Marcos muestra el gran interés de Lucas por subrayar su significado. Lo pone al comienzo de la actividad pública de Jesús y añade nuevos detalles porque desea ofrecer un «relato programático». De hecho, este relato, tal y como aparece en Lucas, prefigura y anticipa todo el ministerio de Jesús y da a su misión un sentido preciso. Más aun, desde la perspectiva de Lucas, esta narración no solo prefigura la misión de Jesús, sino que anticipa la misión de sus discípulos tras su muerte. Puede decirse que en este pasaje de Lucas no solo se adelanta el sentido de la misión de Jesús, sino también el de la Iglesia que la continúa.

En el libro de los Hechos encontramos, de hecho, una historia que evoca el pasaje de Nazaret. Pablo y Bernabé llegan a Antioquía de Pisidia en el primer viaje misionero y entran en la sinagoga, como Jesús solía hacer. Allí Pablo predica la buena nueva mostrando que su predicación está de acuerdo con el mensaje de las Escrituras. Y, como le había sucedido a Jesús, también él y Bernabé experimentan el rechazo de la gente reunida en la sinagoga (Hch 13, 13-52). Contando una historia similar a la de Jesús, Lucas recuerda a sus lectores que la primera Iglesia continúa la misión iniciada por Él.

Podemos concluir, entonces, que el episodio de Nazaret no solo prefigura la misión de Jesús, sino también la de sus discípulos tras su muerte. Lo que este pasaje contiene es un programa de evangelización.

Seguramente hemos leído este pasaje muchas veces, pero les invito a hacerlo una vez más tratando de descubrir cómo una lectura atenta de las Escrituras puede ayudarnos en nuestra propia misión evangelizadora.

Llegó a Nazaret, donde se había criado. Según su costumbre, entró en la sinagoga un sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo, encontró donde está escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido para anunciarla buena noticia a los pobres;
me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos

y dar vista a los ciegos,
a liberar a los oprimidos
y a proclamar un año de gracia del Señor.

Después enrolló el libro, se lo dio al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos clavados en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía.

Todos asentían y se admiraban de las palabras que acababa de pronunciar. Comentaban: ¿No es éste el hijo de José?

El les dijo: Seguramente me recordaréis el proverbio «Médico, cúrate a ti mismo». Lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu pueblo. Y añadió: La verdad es que ningún profeta es bien recibido en su tierra. Os aseguro que muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en toda el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, en la región de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel cuando el profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue curado, sino únicamente Naamán el sirio.

Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se llenaron de indignación; se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que se asentaba su ciudad, con ánimo de despeñarlo. Pero él, abriéndose paso entre ellos, se marchó.

Lo primero que llama nuestra atención en este relato es la importancia que tienen en él las Escrituras. Marcos y Mateo narran el mismo episodio, pero no vinculan la visita de Jesús a Nazaret con ninguna proclamación de la Escritura. Se trata de un rasgo propio de Lucas, que cita un pasaje del profeta Isaías y hace referencia a dos episodios narrados con todo detalle en el libro de los Reyes (1 Re 17, 9-24; 2 Re 5, 1-19). Según Lucas, estos pasajes ayudan a comprender el sentido de la misión de Jesús. Pero para ello es necesario leerlos como lo hizo el propio Jesús.

Su breve comentario al pasaje de Isaías nos permite captar un rasgo importante de este modo de leer la Biblia: «Hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía». Se trata de una lectura que no relega al pasado el anuncio profético o los episodios de la historia de la salvación, sino que encuentra en ellos un mensaje para «hoy». Esta es la diferencia más importante entre leer la Biblia como un documento histórico y leerla como un testimonio de fe. Al relacionar lo que se dijo y de hecho sucedió en otro tiempo con el «hoy» del lector, la letra muerta se transforma en palabra viva.

Este modo de interpretar las Escrituras aparece continuamente en los Hechos de los Apóstoles. Lucas presenta a los primeros discípulos de Jesús en busca de luz para comprender la nueva experiencia que están viviendo. El incidente que se narra tras la deliberación de Pedro es muy elocuente en este sentido. La comunidad se ha reunido para orar, busca una respuesta a la persecución a que se ve sometida. En su oración recita el *Salmo 2* que da voz a lo que les está sucediendo: «¿Por qué se alborotan las naciones y los pueblos maquinan vanos pro-

yectos? Los reyes de la tierra conspiran y los príncipes se alían contra el Señor y contra su Mesías». Al orar así, reconocen que las palabras del salmo se refieren a Jesús y también a lo que les está sucediendo a ellos: «En esta ciudad, en efecto, se han reunido Herodes y Poncio Pilato, junto con extranjeros y gentes de Israel, contra tu santo siervo Jesús, al que ungiste, para hacer lo que tu poder y tu voluntad habían decidido de antemano que sucediera» (Hch 4, 25-28; cf. Sal 2, 1-2). Para los discípulos de Jesús, lo mismo que para Él, las Escrituras no se refieren tan sólo al pasado, sino que tienen un mensaje para «hoy».

Por otro lado, en el episodio de Nazaret, Jesús describe la relación entre los oráculos del pasado y la situación presente en términos de cumplimiento: «Hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía». Esta afirmación implica que la promesa contenida en los oráculos se ha hecho realidad en Jesús. La misma convicción subyace en la conversación con los discípulos de Emaús, en la que Jesús interpreta lo que dice sobre él en las Escrituras «empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas» (Lc 24, 27).

De igual modo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, aquellos que predicaban la Buena noticia lo hacen con la convicción de que las Escrituras se han cumplido en Jesús. En sus discursos, Pedro cita continuamente pasajes de los profetas y palabras de los salmos para mostrar que «todos los profetas, desde Samuel en adelante, anunciaron estos días» (Hch 3, 24). Pablo, por su parte, hace lo mismo cuando afirma que ha dado testimonio sobre Jesús «sin decir nada fuera de lo que los profetas y Moisés anunciaron que había de suceder» (Hch 26, 22).

En este sentido, resulta especialmente significativa la historia del encuentro de Felipe con el eunuco etíope que regresa a su país tras dar culto a Dios en Jerusalén. Felipe, animado por el Espíritu, se acerca a su carro y entre ambos se entabla un diálogo en que Jesús aparece como la clave para entender las Escrituras (Hch 8, 30-35):

Felipe le dijo: ¿Entiendes lo que estás leyendo?

Él respondió: ¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?

Y rogó a Felipe que subiera y se sentara con él.

El pasaje que leía era este: «Como oveja fue llevado al matadero...».

El etíope preguntó a Felipe: Te ruego que me digas de quién dice esto el profeta, ¿de sí mismo o de algún otro?

Felipe tomó la palabra y, partiendo de este pasaje de la Escritura, le anunció la buena noticia de Jesús.

Felipe interpreta las Escrituras mostrando que los oráculos proféticos se refieren a Jesús. En estos pasajes, por tanto, se muestra la convicción de que Jesús es la clave de comprensión del verdadero y más profundo mensaje de las Escrituras.

En todos estos pasajes se advierte que tanto Lucas como los destinatarios de su evangelio compartían una forma de leer las Escrituras que tenía dos notas

características. La primera es que los textos bíblicos y los ejemplos de la Escritura no eran para ellos sólo textos del pasado, sino palabras que contenían un mensaje para el momento actual; ellos eran conscientes de que las palabras de la Escritura pertenecen a una tradición viva. La segunda nota es que Jesús mismo era para ellos la verdadera clave de comprensión de las palabras y acontecimientos de esa tradición viva: su vida, su enseñanza, sobre todo, su muerte y resurrección. Las Escrituras se han cumplido en Él y, debido a ello, son palabra de vida para nosotros.

3. EL PROGRAMA EVANGELIZADOR DE JESÚS

Me he detenido en la explicación del modo en que se lee la Escritura en el episodio de Nazaret porque para Lucas este episodio contiene las claves para comprender la misión de Jesús. En él, podemos encontrar también algunas líneas maestras de nuestra propia misión evangelizadora

El carácter programático de este pasaje se aprecia en el hecho de que las principales notas de la misión de Jesús que aparecen delineadas en él se encuentran posteriormente desarrolladas en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles. Podemos identificar cuatro características:

1. Jesús es presentado como un profeta ungido. Él ha sido ungido por el Espíritu de Dios con la autoridad y el poder necesarios para cumplir su misión. Sus discípulos continuarán esta misma misión porque reciben el Espíritu Santo. Puede decirse, por consiguiente, que el Espíritu es el verdadero protagonista de la misión.

2. Evangelizar es proclamar la buena noticia con palabras y acciones. Trae consigo la liberación y la salvación. Lucas sitúa este anuncio en el marco de un «año de gracia del Señor», que se refiere, con toda probabilidad, al jubileo bíblico.

3. La Buena noticia que proclaman Jesús y sus discípulos está dirigida, en primer lugar, a los pobres, cautivos, ciegos y oprimidos. Pero también a los paganos y extranjeros y, de entre ellos, a los más marginados.

4. Por último, aquellos que anuncian la Buena noticia han de enfrentarse al rechazo y la persecución. La expulsión de la sinagoga de Nazaret anticipa la oposición que Él y sus discípulos se encontrarían al proclamar el evangelio.

Partiendo de estas cuatro características de la acción evangelizadora que se deducen del episodio de Nazaret, quisiera mostrar a continuación cómo estos rasgos aparecen en la acción evangelizadora de Jesús y de sus primeros discípulos, tal como Lucas la describe en su evangelio y en el libro de los Hechos. Quisiera también, al hilo de estas observaciones, añadir alguna sugerencia para nuestro tiempo.

El primer rasgo característico del programa diseñado por Lucas en este episodio es que, al presentar a Jesús como el ungido, sugiere que *el Espíritu tiene un papel clave en la evangelización*. El Espíritu, de hecho, es el principal personaje del Evangelio de Lucas. En los relatos de la infancia su acción se hace visible en todo momento. Pero es en el ministerio de Jesús donde juega un papel decisivo. Desciende sobre Él tras el bautismo (Lc 3, 22) y le guía al desierto para ser tentado (Lc 4, 1, 14). En Lucas todo el ministerio de Jesús está animado por el Espíritu. Por esta razón, tras las tentaciones, justo cuando dicho ministerio está a punto de comenzar, el evangelista afirma que: «el diablo se alejó de Él hasta el momento oportuno» (Lc 4, 13). El diablo sólo volverá a aparecer al entrar en Judas al inicio de la narración de la pasión (Lc 22, 3). Todo el tiempo de la actuación de Jesús está ausente, porque es un tiempo del Espíritu.

En el libro de los Hechos el Espíritu gobierna la misión de los apóstoles. El descenso sobre los discípulos en Pentecostés es en cierto modo paralelo al bautismo de Jesús (Hch 2, 1-4). Los discípulos, llenos del Espíritu, comienzan a anunciar la buena noticia. Es el Espíritu quien dirige y confirma el avance del evangelio haciéndose presente en aquellos que escuchan la buena noticia proclamada por los apóstoles, como sucede con los samaritanos, con Cornelio y los suyos, o con los discípulos de Éfeso que encuentra Pablo (Hch 8, 14-17; 10, 40-48; 15, 28; 19, 1-7). Las cualidades más importantes del mensajero no son las humanas, como la elocuencia o la sabiduría, sino el hecho de estar llenos del Espíritu Santo (Hch 4, 8; 6, 3. 5; 7, 55; 9, 17; 11, 24; 13, 9).

Este modo de comprender la evangelización nos invita a reflexionar sobre nuestros propios esfuerzos evangelizadores. Como discípulos de Jesús, estamos llamados a participar activamente en la tarea de la evangelización, pero no podemos olvidar que nuestra misión debería desarrollarse en el marco de la obediencia al Espíritu Santo. Él es el único que nos muestra el camino, nos guía y fortalece, el único que vivifica el anuncio del evangelio. Sólo seremos mensajeros de esta buena noticia si somos ungidos por el Espíritu Santo, como lo fueron los primeros discípulos.

La segunda característica del programa evangelizador diseñado en el episodio de Nazaret se refiere al contenido del mensaje. Según la cita de Isaías, dicho mensaje es *una buena noticia de liberación*. Se trata de anunciar «la buena noticia a los pobres; proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, liberar a los oprimidos» (Lc 4 18; cf. Is 61, 1-2). El anuncio de Isaías evoca el recuerdo del jubileo al que se refiere Lucas cuando dice que la misión de Jesús consistirá en «proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 19; Is 58, 6).

Este es el motivo por el que, a lo largo de todo el evangelio, el mensaje proclamado por Jesús con palabras y obras consiste básicamente en una buena noticia liberadora (Lc 4, 43; 7, 22; 8, 1). Los contenidos de este anuncio se ponen de manifiesto claramente en las acciones que realiza: curaciones, exorcismos,

acogida de los marginados, etc. Su misión puede sintetizarse en el pasaje del encuentro con Zaqueo (Lc 19, 1-10), cuando, después de escuchar sus palabras de arrepentimiento, declara: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19, 9).

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, los discípulos también proclaman la buena noticia (Hch 5, 42; 8, 25; 10, 36, etc.). Pero ahora la buena noticia es el propio Jesús, en cuya muerte y resurrección se han cumplido las promesas de Dios. En los discursos que pronuncian los diversos personajes de este libro el mensaje es siempre el mismo: Dios ha cumplido su promesa resucitando a Jesús y, de este modo, nos ha traído la salvación (Hch 2, 16; 3, 18-24). Los apóstoles confiesan con entusiasmo y valentía que «nadie más que él puede salvarnos, pues solo a través de él nos concede Dios a los hombres la salvación sobre la tierra» (Hch 4, 12).

Este anuncio proclamado por Jesús y sus primeros discípulos nos invita a considerar los contenidos de nuestra predicación y a preguntarnos si estamos anunciando verdaderamente una buena noticia. Todo el mundo está ansioso por escuchar la buena noticia. Todos están preparados para recibir el mensaje de liberación y salvación, pues representa el más hondo deseo de todo ser humano. Jesucristo es esa buena noticia que hemos de anunciar no solo con palabras, sino también con los hechos.

La tercera nota del programa evangelizador se refiere a *aquellos a quienes debería dirigirse el evangelio*, es decir, a sus destinatarios. Esta es la nota que mayor énfasis recibe en el pasaje de Nazaret porque este aspecto era muy importante para los primeros cristianos. Algunos de ellos pensaban que para ser discípulos de Jesús era necesario, de algún modo, hacerse judío y observar la Ley de Moisés. No en vano, cuando Jesús menciona que Elías había sido enviado por Dios a una viuda fenicia y que Eliseo había curado a un general sirio, aquellos que estaban escuchando se enfurecieron con él. Sin embargo, Lucas dice que el año de gracia es para todos, empezando por los más necesitados de la buena noticia: los pobres, los privados de libertad, los ciegos... y aquellos que se encuentran alejados

En el Evangelio de Lucas, Jesús se dirige de modo particular a los marginados: leprosos (Lc 5, 12-16), paralíticos (Lc 5, 17-26), paganos (Lc 7, 1-10) y «pecadores» (Lc 7, 36-50). Su cercanía para con ellos le acarreó severas críticas (Lc 15, 1-2); algunas de sus parábolas, como la de la oveja perdida, la moneda perdida, o la del padre bueno, tratan de explicar que esta forma de actuar manifiesta la misericordia de Dios (Lc 15, 4-32). En las palabras y hechos de Jesús se revela el año de gracia del Señor, es decir, el tiempo en que la salvación se hace manifiesta a todos.

En el libro de los Hechos, sus discípulos continúan la misma misión anunciando el evangelio a los alejados, a los paganos. Lucas presenta la apertura del evangelio a los paganos como obra del Espíritu, que es quien asegura la

extensión de la buena noticia entre ellos. Podemos verlo, por ejemplo, en el episodio en que Pedro visita la casa de Cornelio: el Espíritu desciende sobre todos los miembros de su familia, abriendo así el camino para que Pedro les anuncie la buena nueva (Hch 10, 1–11, 18).

Esta tercera nota nos invita a repensar quiénes son los destinatarios preferentes de nuestra evangelización. Hemos de preguntarnos: ¿Para quién puede ser buena noticia el anuncio de Jesús? ¿A quién podemos anunciar un año de gracia del Señor en estos momentos de crisis, en que muchas personas y familias atraviesan situaciones de necesidad?

Por último, podemos reconocer en la escena de Nazaret que, muy a menudo, una de las reacciones que sigue al anuncio del evangelio es *el rechazo y la persecución*. Aquellos que escuchan a Jesús se sorprenden de ver al «hijo de José» atribuyéndose a sí mismo aquellas palabras de Isaías. Parece que se dicen a sí mismos: ¿Cómo puede decirnos éste que el Espíritu lo ha ungido para anunciar el año de gracia del Señor? Jesús les responde con el proverbio del profeta que no es aceptado en su propia tierra, y les recuerda las historias de Elías y Eliseo para mostrarles que el evangelio está dirigido a todos.

Crítica, rechazo y persecución abierta están presentes en todo momento en la misión de Jesús. Algunos lo juzgan (Lc 7, 39), otros lo critican abiertamente (Lc 15, 1-2); otros tratan de conspirar contra él (Lc 6, 11); finalmente, otro comienzan a planear su muerte aliándose con uno de sus discípulos (Lc 22, 1-3) para llevar a cabo su plan (Lc 22-23). El anuncio de la buena noticia se encuentra a menudo con el rechazo porque cuestiona el orden establecido.

Los primeros cristianos también experimentaron cómo el rechazo y la persecución siguen a la proclamación del evangelio. En Hechos leemos cómo Pedro y Juan son encarcelados por predicar la buena noticia (Hch 4, 1-22); los apóstoles, tras haber sido encarcelados y liberados, han de comparecer ante el Sanedrín (Hch 5, 7-42); Santiago es ajusticiado como testigo de Jesús (Hch 7, 54-60); los de origen griego han de huir de Jerusalén porque eran perseguidos (Hch 8, 1, 11, 19); Santiago fue decapitado y Pedro encarcelado otra vez en una nueva oleada de persecución (Hch 12, 1-4). También Pablo encontró oposición (Hch 3, 44-45) y una dura persecución (Hch 3, 50; 4, 5-6).

La persecución por causa del evangelio fue una constatación en la vida de Jesús y en la de los primeros cristianos, y ha continuado siéndolo a través de la historia de la Iglesia. Incluso en nuestros días hay cristianos que son perseguidos en muchas partes del mundo por ser testigos de su fe. Existen también otras formas de oposición al evangelio: por ejemplo, la propaganda que desencadena en la sociedad una especie de «pánico moral» y atribuye a la Iglesia y sus actividades una enorme carga negativa. Como cristianos, no deberíamos olvidar que somos discípulos de un crucificado.

4. UNA INVITACIÓN

Tras considerar la continuidad entre estas cuatro características del programa evangelizador de Jesús y las acciones de sus discípulos, tenemos una perspectiva más adecuada para comprender por qué Lucas da tanta importancia al relato de Nazaret y por qué lo sitúa en el inicio mismo del ministerio público de Jesús. Este episodio no solo narra la primera acción pública de Jesús, sino que también describe –antes de que se desplieguen– los rasgos básicos de su misión y de la misión que sus discípulos desarrollarán tras Él. Más aun, aquí se concentran los rasgos básicos de la evangelización. Lucas y los cristianos a quienes se dirige su evangelio comprendían todo a la luz de las Escrituras, de manera que en este relato no solo se codifica una experiencia pasada, sino un modelo de la futura labor evangelizadora.

Este es el modelo que el evangelista Lucas presenta a su comunidad, compuesta por miembros de la tercera generación cristiana que, con toda probabilidad, habían perdido el entusiasmo por la evangelización que tuvieron las dos primeras generaciones. Les estaba invitando a cuestionarse, a reflexionar sobre su situación y a seguir el ejemplo de Jesús y sus primeros discípulos. La invitación de Lucas también se dirige a nosotros, pues nuestra tarea más importante como cristianos es la de continuar proclamando la buena noticia que anunciaron Jesús y aquellos primeros discípulos.